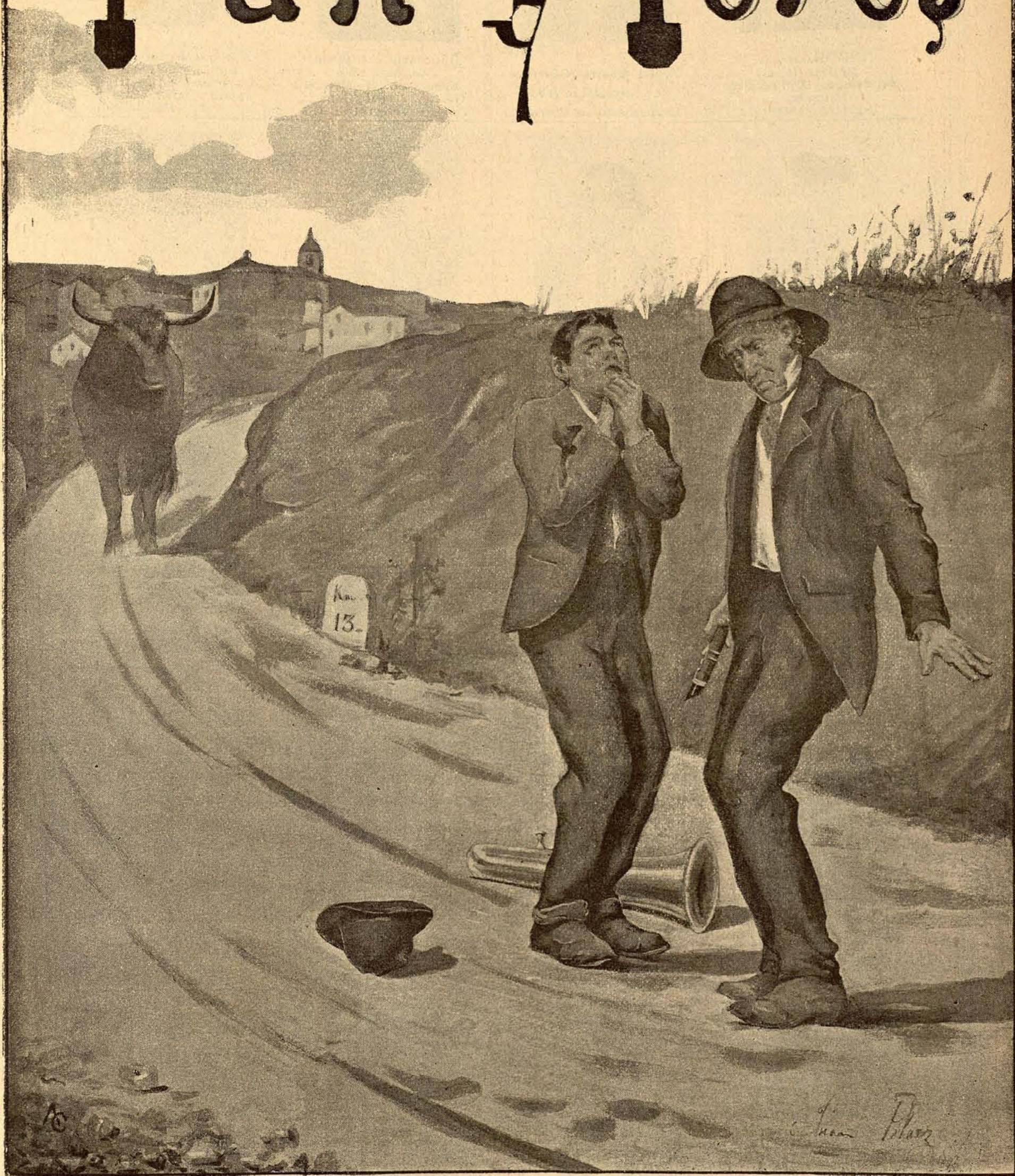


Pan y Toros



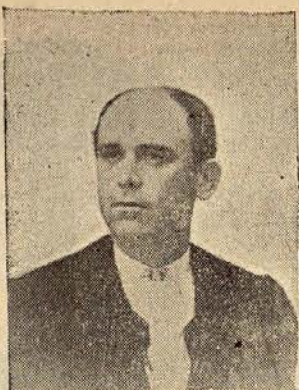
¡MAL ENCUENTRO!—(Dibujo de Juan Peláez)

PRECIO 10 CÉNTIMOS

NÚMERO 43



Luis Mazzantini
29 Mayo 1884
Apoderado: D. Federico Mínguez, Lagasca, 45, Madrid



Rafael Guerra (Guerrita)
27 Septiembre 1887
Capuchinos, 10, Córdoba.



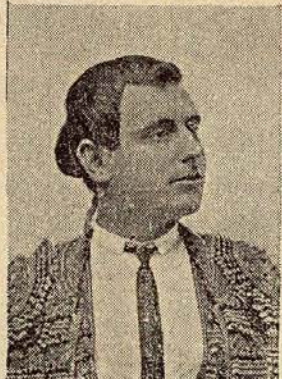
Julio Aparici (Fabrilo)
30 Mayo 1889
Apoderado: D Manuel García, Pascual y Genis, 3, Valencia.



Antonio Moreno (Largatijillo), 12 Mayo 1890
Apoderado: D. Enrique Ibarra Ciarán, Esperanza, 3, Madrid.



Francisco Bonal (Bonarillo), 27 Agosto 1891
Apoderado: D. Federico Escobar Miguel del Cid, Sevilla



José Rodríguez (Pepete)
3 Septiembre 1891
Apoderado: D Francisco Fernández, Cruz, 25, 2.º, Madrid



Antonio Reverte Jiménez
16 Septiembre 1891
Iniesta, 33, Sevilla.



Antonio Fuentes
17 de Septiembre de 1893
Apod : D. Andrés Vargas Montera, 19, 3.º, Madrid.



Emilio Torres (Bombita)
21 Junio 1894
Apoderado: D. Pedro Niembro, Gorguera, 14, Madrid.



Miguel Báez (Litri)
28 Octubre 1894
Apod : D. Vicente Ros, Buenavista, 44, Madrid.



José García (Algabeño)
22 Septiembre 1895
Apoderado: D. Francisco Mata, San Eloy, 5, Sevilla.



Nicanor Villa (Villita)
29 Septiembre 1895
Apoderado: D. Eduardo Yáñez, Espoz y Mina, 5, Madrid.



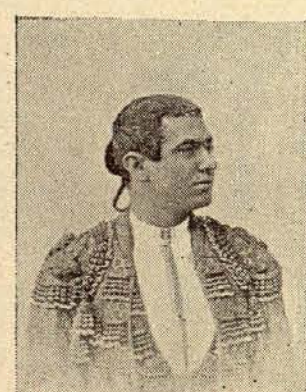
Joaquín Hernández (Parrao), 1.º Nov. 1896
Apoderado: D. Fernando Medina Moreno, Capuchinas, 5, Sevilla.



Cayetano Leal (Pepe Hillo)
15 Agosto 1887
Apoderado: D. Angel López, Puerta del Sol, estanco. Madrid.



Domingo del Campo (Dominguín), 17 Dic. 1893
A su nombre Amparo 94 Madrid



Bartolomé Jiménez (Murcia), 18 Marzo 1894
Apoderado: D. Eduardo Montesinos, calle de Churruca, 11.



Angel García Padilla
22 Agosto 1895
Apoderado: D. Pedro Ibáñez Mayenco, Olivar, 52, 2.º, Madrid.



Antonio Guerrero (Guerrito), 10 Nov. 1895
Apoderado: D. Leopoldo Vázquez, Minas, 5, 3.º, Madrid.



Carlos Guasch (Finito)
Septiembre 1896
A su nombre: Valencia Apod.: D. Adolfo Sánchez Linares



D. Mariano Ledesma
Rejoneador español
D. Andrés Boirago, 11, Madrid.

PAN Y TOROS



PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid: Un trimestre, 2 pesetas.
 Provincias: Trimestre, 2,50; semestre, 5;
 año, 10.
 Extranjero: Trimestre 4; semestre 7; año 12.

Número suelto, 10 céntimos.
 Número atrasado, 25 céntimos.
 Anuncios á precios convencionales.
 Los pagos se hacen adelantados.

DIRECTOR LITERARIO

D. Leopoldo López de Saá

ADMINISTRADOR

D. CARLOS GIRÓN
 Chinchilla, núm. 7, bajo

DIRECTOR ARTÍSTICO

D. Francisco Navarrete Sierra

*Que por rigores del hado,
 no hay hombre tan venturado
 que no tenga un envidioso,
 ni hay hombre tan venturoso
 que no tenga un envidiado.*

CALDERÓN.

Envuelto en esa indiferencia que siente por la celebridad todo el que la alcanzó, vive Antonio Carmona en Sevilla, entregado, más que á sus amistades, á sus hijos, y más que al presente frívolo y material, á los recuerdos de su gloria, que fué castiza y bien ganada, pese á las pasiones de todos los que la mermaron, y pese también al carácter del diestro, que por discolo y detestable que fuera, nada tenía que ver con sus condiciones de lidiador privilegiado.

De aquellas dos grandiosas figuras que el popularísimo barrio de San Bernardo dió al toreo y despertaron en el público antagonismos tan terribles, sólo queda la del banderillero maravilloso que enloqueció á los espectadores con su celeberrima invención, y cuyo valor sin límites, cuya estoica serenidad, le hacía esperar como nadie á los toros, erguido el cuerpo, trabados los pies, alegrando elegantemente con las banderillas, sin que su espíritu se oscureciera ni se turbara su corazón cuando la res, mugiendo de codicia, se iba hacia él y se revolvió furiosa viéndose burlada por aquel cuerpo que, ofreciendo blanco seguro á su coraje, le marcaba la salida por un lado, y, echándose al otro con precipitación, dejaba clavados los arpones en el morrillo.

En esa época en que la perla del Guadalquivir se engalana y retoca para las fiestas que desde lo antiguo la dieron fama; cuando por las torcidas calles desfilan con fantástica solemnidad los encapuchados,

más lúgubres que en los que su delirio veía D. Félix de Montemar; en esos días en que, como dice Grilo,

*en el incienso que flota
 en mil ondulantes ráfagas,
 en los cantos de la Iglesia,
 en las vacilantes andas,
 se adivina lo solemne
 de la procesión que pasa;*

en esa dulcísima estación en que el ambiente se satura con el perfume del azahar y los últimos soplos del invierno no llegan hasta la tibia atmósfera sevillana; en la primavera del año 38, á 19 de Abril, nació Antonio Carmona.

Decir cuáles fueron los oficios mecánicos á que le dedicaron sus padres, y si fué alumno libre del Matadero ó concurrió á las capeas celebradas en los contornos, nos parece cosa ridícula, puesto que habiendo llegado á ser exclusivamente torero, claro está que fundamento debió tener para su profesión, y éste sería precisamente el que tienen todos ó casi todos los que á ella se dedican.

Empezaremos, pues, nuestro relato cuando únicamente podemos citar un hecho, directamente relacionado con su vida del arte, diciendo que á la edad de diez años toreó un becerro con tanta habilidad, que el *Nili*, modesto matador de toros, pero excelente aficionado, lo tituló verdadera y legítima esperanza del toreo. Recorrió después nuestras provincias del Norte y



ANTONIO CARMONA Y LUQUE (*Gordito*)

las arenas del Mediodía de Francia, entre ellas la de Bayona, conquistando aplausos en unión de varios pegadores lusitanos, contratados por el popular empresario Francisco R. Alegria. Aprendió en Portugal el salto de la garrocha; y su intuición y su conocimiento de la fiera, que constantemente burlaba, le llevaron á descubrir la magnífica forma de pelear

que tantas cogidas costó á los que la juzgaban fácil, y que fué la especialidad de su toreo.

La primera vez que practicó esta suerte en su ciudad nativa, fué el domingo 18 de Abril de 1858, catorce días después de haber recibido su alternativa de manos del maestro Dominguez. En Octubre de 1861 enloqueció al público de la corte *cambiando* al quinto toro de la corrida, perteneciente á la vacada de don Vicente Martínez, tomando en 1863 la alternativa en la referida plaza madrileña, donde consolidó su fama, eligiendo entonces para figurar en su cuadrilla á los picadores Antonio Calderón, Onofre Alvarez y José Sevilla, y á los banderilleros *Caniqui* y Juan Yust.

La primera corrida de temporada de Sevilla, verificada el domingo 21 de Marzo de 1869, con toros de Miura, ofreció el dato curioso de que las cuadrillas salieron de luto por la reciente muerte de *Curro Cúchares*, acaecida en la Habana á consecuencia del vómito.

El éxito surgía al paso de Antonio Carmona, y sólo la prerrogativa que el Tato tenía en Madrid pudo anublar sus triunfos. ¿Llegó la discordia de los dos partidos á los dos hombres que eran su causa? Probablemente, si; lo cierto es que el *Gordito* no volvió á torear en Madrid, sea por aquella causa, sea por un gesto que la indignación contra los denuestos del público le hizo formular. Los espectadores de entonces, más intransigentes que los de hoy, no le perdonaron nunca, llevando hasta la injusticia su encono, pues se trataba de un torero de los que como Romero y Montes pasan á la posteridad, á pesar de todo.

Para demostrar cuánta era su afición por el arte, mencionaremos lo siguiente:

Estaba anunciado como matador en una corrida que habia de celebrarse en Alcalá de Guadaíra, cuando se sintió atacado de repentino malestar, que pronto se tradujo en los primeros síntomas del cólera reinante á la sazón.

Quisieron los médicos obligarle á que se metiera en el lecho; pero él, con una fuerza de voluntad que quizá fuera una inspiración, empezó á vestirse el traje de luces con el mismo esmero que si se le pusiera por última vez; ¿quién sabe si pensaría entonces que aquel vestido podía ser su mortaja?

Dirigióse al circo pálido y pugnando por contener los fuertes vómitos que de continuo le acometían, siendo fama que aquella tarde hizo la más lucidísima brega que habia presenciado aquel público; reaccionándose con esto y salvándose al fin. Pero la muerte le acechaba aquel día. Cuando regresó á la fonda estuvieron á punto de administrarle un medicamento equivocado, que era un veneno activo; el error se pudo advertir á tiempo y el peligro se conjuró.

En el gran libro del destino habia escrito el tiempo, sin duda, aquella fecha como la del último día del diestro. Dios, en su clemencia, quiso tal vez borrarla, para que no se extinguiera entonces tanta gentileza y tanta gallardía en flor. Quizá también en el mismo libro estuviera escrita otra fecha gloriosa para el *Gordito*, aquella en que logró salvar á sus semejantes con su reconocido arrojo.

Nos referimos al día en que, habiendo roto su cajón un toro de los que habian de ser lidiados en la Plaza valenciana, *Gordito*, quitándose su *sobretudo*, le toreó hasta rendirle, dejándole inútil de cansado hasta que llegaron los cabestros.

Esta acción le valió una cruz de Beneficencia ó el proyecto de dársela, una fuerte irritación á la vista y que la prensa se ocupara de él.

Gordito, gran lidiador ante todo, fué habilidosísimo con el capote y con la muleta, y su toreo alegre y movido puso cátedra en sus buenos tiempos. Con las banderillas fué invencible, cambiando sobre todo, suerte en que nadie le ha podido ni le puede imitar; dicha suerte la extremó de modo, que habiendo nacido para ejecutarla, nada habia difícil ante su propósito; ban-

derilleó en silla, con las piernas cruzadas; banderilleó, como ya se ha dicho, poniéndose grillos en los pies, colocándose sobre un pañuelo doblado, ó trazando sobre la arena un espacio de donde no debía salir, imitando en esto al maestro Dominguez, que señalaba un círculo con la espada para demostrar al público que de allí no saldría, muleteando, ni aun en el momento de recibir al toro; banderilleó, colocando á un hombre tendido entre sus pies; llegó, en fin, á lo más difícil de lo vistoso, puesto que llegó á lo inconcebible.

Como matador no alcanzó la misma fama que como torero: todas sus facultades parecían extinguirse en la suerte suprema; y de igual modo que Cayetano vacilaba ante la cara de las reses, faltándole decisión para perfilarse y arrancar, no pudiendo tampoco prescindir en esta suerte de su manera de ser, movida é inquieta.

Tuvo muchos partidarios, pero muchos enemigos también; como lo prueban las grandes luchas á que en Madrid y en Cádiz dió lugar su rivalidad con el *Taio*. La última vez que le vimos torear en la corte, aquel astro taurino tocaba en el ocaso; el desaliento se apoderaba de sus energías, las cataratas velaban sus ojos, y aun su ánimo se cohibía bajo la presión de resentimientos antiguos; aparecieron en los balconillos de los palcos carteles en que habia escrita una frase que era un terrible recordatorio para él: *¡que se vaya!*, decían aquellos carteles; y el *Gordito* se fué para no volver más; pero desde aquel momento pasó su nombre al lugar que le reservaba la historia del arte en una de sus mejores páginas, y allí resplandece la fama del diestro, sin que puedan borrarla los antagonismos, sin que lleguen hasta ella esos gritos que motejan al hombre, y no al lidiador; esas voces que, como la de Manfredi á *Curro Guillén*, pueden precipitar á un hombre á la desesperación y á la muerte.

PAN Y TOROS

TOROS QUE DAN PAN

I

El nombre del pueblo no hace al caso, ni la filiación del protagonista tampoco; ni uno ni otro detalle aquilatarían el interés que pueda tener esta historia.

II

Erase un maestro de instrucción primaria, entrado ya en años, aunque no en libras, que á semejanza de su colega *El Pelón*, de la zarzuela, vagaba por Castilla en busca de un lugar donde poder difundir la luz de su inteligencia á trueque de un pedazo de pan.

No era el hombre un *Catóa*, más allá de las aulas; pero, vamos, sabía lo preciso para desasnar á los papeles, enseñarles á garrapatear sus nombres y á dilucidar su intervención de chupópteros curialescos, cualquier conflicto de interés que entre ellos pudiera surgir.

No temáis, lectores; no me propongo hacer una crítica de la enseñanza en España, ni siquiera repetir la consabida frase de que aquí ser maestro de escuela equivale á suscribirse á perpetuo ayuno, porque todo lo que sobre el particular dijese, resultaría cursi y monótono como un artículo de doña Emilia.

Mi objeto es otro: hacer notar á los que miran como un sacrilegio lo que hemos convenido en llamar fiesta nacional, por dónde un toro, el coco de los

ánimos apocados y de los espíritus chirles, fué más compasivo y generoso que los hombres, allá á fines de este siglo positivista, en que los sentimientos de equidad y de justicia son monedas que se retiraron de la circulación por falsas.

III

Era un día del mes de Junio. El sol caía de plano, dorando con sus rayos la fértil campiña, y haciendo todas esas maravillas que este caballero particular sabe, y que los poetas todos, hasta el portero de mi casa, han descrito en diversos tonos.

Acababan de sonar ocho campanadas en un reloj lejano, cuando nuestro asendereado maestro, desfallecido de hambre, sudando un río por cada uno de sus contados cabellos, y maldiciendo la hora en que al destino plugo traerle á este pícaro mundo y la que le habían traído sus desventuras, al pisar la calle principal del pueblo topó con una vieja, sucia y mal encarada, que se entretenía en restregar el rostro con un estropajo á un arrapiezo, cuyos berridos, traducción fiel y exacta del dolor que le producía la operación, semejaban á los de un cerdo colocado sobre el fatal banquillo.

Atento y cortés el hombre, cual cumple á los que difunden la ilustración, despojóse del raído sombrero de medio queso y se dirigió hacia aquélla en la siguiente forma:

—Buenos días, amiga...; ¿me haría usted el obsequio de decirme qué dirección debo tomar para ir á las Casas Consistoriales?...

Levantó la vieja pausadamente la cabeza; se quedó un momento pensativa, porque aquello de Casas Consistoriales no le sonaba bien; pero, vamos, supuso, al fin, que le preguntaba su interlocutor por el Ayuntamiento, y contestó con visible mal humor, mientras retenía al chiquillo por las orejas para que no huyese:

—Mire: toma *usté toa* la calle *alante*; *tuerce usté pa la disquierda*; *giélve usté* la casa del tío *Matacuervos*...; tira luego *pa la erecha*, y allí verá *usté* una casa grande, y aquella es; no *tié* pérdida.

—Gracias, señora.

—No hay por qué.

Y el maestro tomó la dirección indicada, mientras la vieja reanudaba la interrumpida operación de hermosear al pequeño, cuyos chillidos herían los oídos de un modo lastimoso.

Después de no pocas vueltas y revueltas, llegó el maestro frente á la casa grande designada por la vieja, cuyo balcón principal, cubierto con ancha percalina roja y gualda, contenía en aquel momento nada menos que al propio señor alcalde, á sus tres hijas, que parecían tres besugos bermeanos, al Sr. Lino, barbero, herrador y secretario interino del Municipio, á Doroteito, estudiante de veterinaria y novio de Petronila, la hija mayor del señor alcalde, á D. Protocolio, médico y organista, todo en una pieza, á Ricardo, joven advenedizo, que era el suspiro constante de las pollas por sus guantes color de zanahoria con tres botones, y á otros personajes, igualmente distinguidos de la localidad.

De haber sabido que comenzaba la capéa organizada como festejo más culminante en honor del Santo del pueblo, nada le hubieran extrañado al maestro aquella combinación de maderas que cerraban el circuito inmediato al Ayuntamiento, ni tampoco le hubieran cogido de sorpresa el ruido y algazara que de la improvisada plaza salían; pero él se figuró que se

trataba de alguna reunión magna convocada para discutir y aprobar el nombramiento de un profesor de instrucción primaria, falta lamentable que se dejaba sentir, y al redondel se coló filtrándose por un agujero.

Tomó rectamente el camino para alcanzar la puerta de la casa de la villa, que se le presentaba poco menos como la puerta del cielo, cuando en el mismo instante dieron suelta á un toro, animal enorme, negro, muy negro, aunque no tanto como el presente y el porvenir de aquel infeliz....

El maestro quedó parado en firme, como si dos manos ocultas en la tierra le hubiesen cogido de sus piés, y un terror inexplicable que cegaba sus ojos con nubes sangrientas, recorrió todo su cuerpo y le llegó al corazón, dejándose del tamaño de una ave-lana...

El toro se fijó en él, y él no separaba los ojos del toro; parecía que lo había fascinado; lanzó aquél un mugido espantoso, algo así como el eco cavernoso del infierno, escarbó el suelo, levantando una nube de polvo, movió sus orejas grandes y peludas como las de un mónstruo, y partió veloz.

El instinto de conservación hizo al maestro moverse de izquierda á derecha, buscando punto por donde huir, y la fiera engañada pasó bramando, para revolverse al punto y secundar la acometida y verse nuevamente burlada.

El público, que no estaba en el secreto de los quiebros aquellos, ensordeció el espacio con sus aplausos y vítores; pero el héroe, que repuesto del primer momento de estupor no estaba en disposición de demostrar sus conocimientos taurinos, y lo que pretendía era escapar, tomó una carrera más que mediana, y se encontró con el alcalde, y habló con él, y en premio de su bazaría (porque nadie apeaba á la primera autoridad de su burro, de que el sujeto que tenía delante podía, si lo intentaba, eclipsar las glorias del propio Lagartijo), le concedió lo que solicitaba; y en el pueblo vive feliz y contento, quien de un modo tan ingenioso, aunque indirecto, ha podido resolver, tras rudo batallar, el arduo problema de los garbanzos.

LUIS BUESA (*Capote*).

Bilbao.

EPIGRAMAS

Mucho puede la afición
en el picador *Conesa*,
pero está más remolón
en la *silla*... que en la mesa.

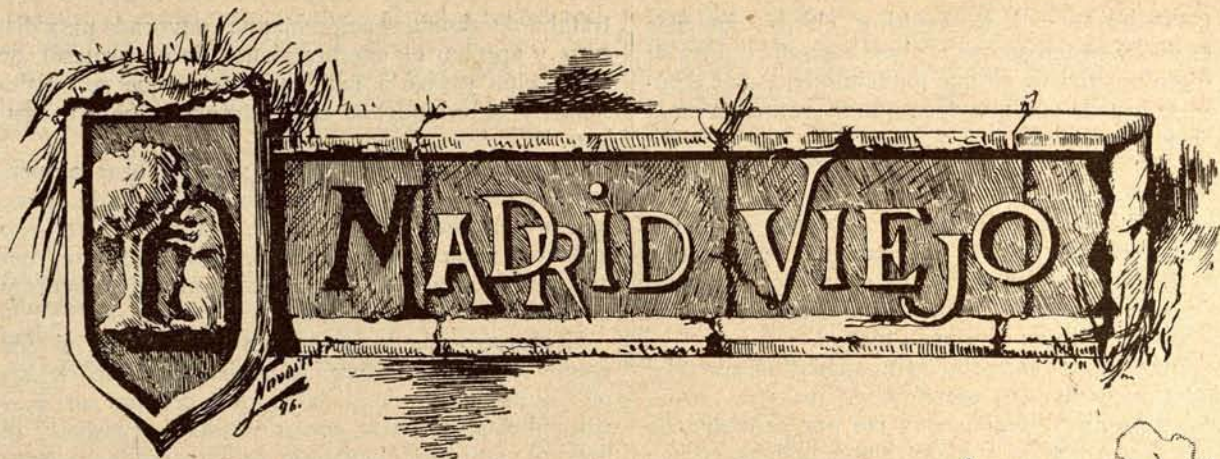
Elogiando al diestro Osuna,
púsele en cierta ocasión
en los cuernos de la luna;
y ésta... le dió un revolcón.

F. ROMG BATALLER.

Cuando maestra sea Irene
casará con Juan Morera,
pues dice él que le conviene
una mujer de carrera.

Don Justo Villapadierna
se quedó tuerto de un ojo;
y su hermano quedó cojo,
no de un ojo, de una pierna.

L. REDONDO TORIJA.



CÓMO SE ADQUIERE UN ASMA

No dice la historia, en puntos de menos importancia tan extensa, si fué lunes ó jueves cuando el consejero de Castilla, jubilado, D. Germán de Cañizares salió, acompañado del carrilludo clérigo D. Patricio Olañeta, después de su último ataque de asma. Bien es cierto que en un día de una semana fué, allá por los años evangélicos de mil setecientos noventa y tantos.

Caminaban Prado adelante, en dirección á la huerta de los Jerónimos, percibiendo el aroma de las acacias que empezaban á engalanar la primavera. D. Germán se detenía cada tres pasos para tomar aliento, y apoyado en su recio bastón retorcido echaba ansiosas miradas al padre, como queriendo continuar la conversación interrumpida, mientras los accesos de tos tornaban su cara violácea y hacían balancearse graciosa-mente los faldones de la casaca; luego, limpiándose con un pañuelo de hierbas, continuaba. He aquí de qué manera tan graciosa refirió una travesura de las mil que tenía en la cuenta de su juventud aquel bazar de años.

—Tenía yo diecinueve abriles, señor de Olañeta, días más, días menos, cuando bajando cierta tarde por la angosta calle del Ave María, acerté á entrar por una calleja que á mano izquierda encontré, y que se llamaba calle de la Esperanza, aunque mejor debiera llamarse de la desilusión. Crea vuestra merced que nunca hubiera imaginado que en aquellos momentos en que el hombre más descuidado vive y camina, está más á riesgo de morir y tropezar. Una y otra cosa sucedieronme cuando, al llegar cerca de los comienzos del barrio de la Primavera, fijé mis ojos juveniles en el talle de una mujer que ante mí caminaba, como una constelación de amor puesta allí por el diablo para marcarme una ruta que seguir en lo sucesivo. Adelantéme y atajéla. ¡Qué mujer, padre, qué mujer! (Aquí se detuvo el jubilado para tomar aliento, y el padre lo perdió de puro escuchar.) Era una manola con más lumbre en los ojos que tiene el sol del desierto al medio día; buena estatura, corto y sonoro andar, amplias caderas, labios



gruesos y rojos, y boca muy pequeña, y al parecer dispuesta á soltar la primer sinvergüenza al primero que se acercara. Llevaba su vestido de medio paso con más sandunga que la Tirana, y una mantilla de madroños con forro encarnado, que no había más que pedir. La llamaban Pepa la Huevera, merced á la profesión de sus padres, que á tal comercio se dedicaban; y aún conservo fresco en la memoria el aspecto de aquella casa en que vivía, no diseñada, seguramente, por D. Ventura Rodríguez, pero sí encantadora por su sencillez exclusivamente madrileña. Una fachada estrecha, una puerta casi de las dimensiones de la fachada, y una ventana con celosía y enredadera.

—¿Y para qué tanta celosía si la moza andaba tan libre?—interrumpió el clérigo oportunamente.

—¡Jí, jí, picaruelo!—respondió el vejete, haciendo una mueca socarrona y mirando de soslayo al cura.—¿Que para qué era? Para que los chicos no metieran la mano por entre los hierros y se llevaran la mercancía. Su padre era muy previsor; le llamaban el *Tío buena sombra*, y era tuerto y algo tartamudo. Su madre era una murciana más ladina y más fea que Carracuca; pero ¿qué importaba? Ello es que la moza me volvió loco; díla cuanto pidió, y hasta olvidé un tantico á la mujer con quien para casarme estaba.

—¡Pecaminosos y mundanos amores!

—Malos, padre, malos; hubo un día en que tuve que sumergirme en una tina para evitar una sorpresa del padre... Y allí nació esto—murmuró por lo bajo, y deteniéndose de nuevo para toser; allí nació el asma que me devora. Caséme, por fin, dispuesto á olvidar aquella aventura, que, como tantas otras, era un recuerdo del pasado que, al despedirse de mí, se sonreía. Yo era un hombre formal. Saraos aristocráticos me reclamaban; salones de elegantes cornucopias y dorados sillones me ofrecían sus horas deliciosas y su lujo asiático. Mi uniforme se retrataba majestuosamente en los caprichosos espejos y en las miradas de esas mujeres que parece que únicamente crea Dios para los bailes de sociedad. El minué era mi delirio y la pavana mi idolatría. Pero tenía un secreto pesar; Pepa la Huevera me importunaba con sus celos, y no me dejaba vivir en paz. No sabía que me había casado, y esto me perdió. Un día templado y primaveral bajaba yo con mi mujer por esas riberas del Manzanares, sagradas como las del Ganges, porque si éste tiene el recuerdo de una religión pagana, aquél tiene el recuerdo de los días encantadores; los árboles, cubiertos de verdor, apenas se mecían al beso enamorado del airecillo, y el cielo puro, esplendente, invitaba á gozar de las dulces horas en que el hombre deja lugar para que hable su alma.

Aquella tarde estaba yo verdaderamente enamorado de mi mujer; sus bellas y aristocráticas manos, cubiertas de anillos, me parecían más diáfanas que nunca; sus rubios cabellos destellaban al sol con luces de oro; sus ojos azules me parecían que eran los de la felicidad que me miraba; y, sin embargo, padre, la tempestad más súbita surgió entre los dos. Imagináos un cielo sereno que se torna cobrizo, el viento que se desencadena, el rayo que fulgura y el trueno que lleva de montaña á valle el eco majestuoso de su voz poderosa. Pues eso no es nada comparado á la furia de la Huevera, que, saliendo de entre las ramas, los ojos turbios como las hienas, y uno de sus chapines en la mano, acometió á mi desdichada esposa con tal empuje, que sólo Dios pudo obrar el milagro de que la dejara con vida. Tras de la tunda se marchó, y no la he vuelto á ver. Pasaron años y años—suspiró tristemente Cañizares—y he sido feliz, muy feliz. Mi esposa era un ángel que algunas veces se incomodaba; pero yo me vengaba atrozmente de sus incomodidades y deficiencias de genio.

—¿De qué modo, Sr. D. Germán?

—Veréis, padre: me escondía en lo más obscuro de mi aposento, y buscaba un objeto que besaba con frenesí.

—¿Alguna trenza de sus cabellos?

—¡Ah! No, señor, el chapín de la Huevera, que aún guardo como si en él se encerrara la primera esperanza de la juventud.

Dijo, y sacando de la escondida faltriquera la indispensable caja de rapé, ofreció un polvito á su acompañante; y á ratos tosiendo y á ratos caminando perezosamente, apoyado en su recio bastón, se retiró el viejo hacia sus reales, riendo de las cosas de su juventud á través de su vejez, mientras el sol de aquel día que, como Cañizares, declinaba, iba á reflejarse en las lustrosas y pardas espaldas de la ropa talar del padre Olañeta, y mientras el toque de *Angelus*, sonando en la capilla de San Fermín, de cerca, y en las monjas de San Pascual, de lejos, y más lejos aún en los infinitos conventos de bernardos y trapenses, jerónimos y trinitarios con que Madrid se enriquecía, convidaba á la oración y al recogimiento.

LEOPOLDO LÓPEZ DE SAA.

TIENTA DE BECERROS DE D. ESTEBAN HERNÁNDEZ



Mayoral y cabestros conduciendo becerros al corral.



Amor frío

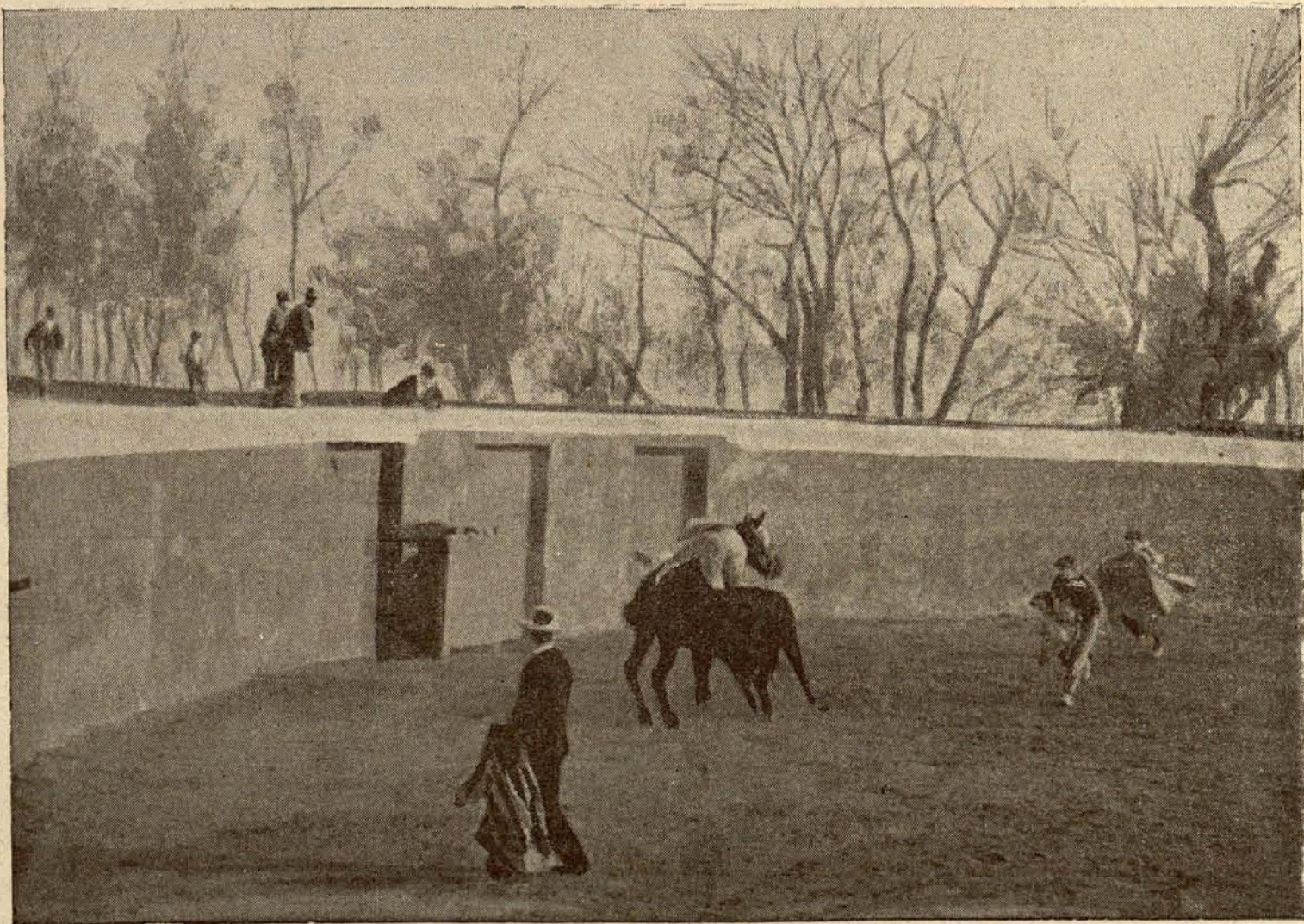
mitiga pronto el ansia
que me devora;
mira que yo no vivo,
que no sosiego,
porque tú me asesinas
con tu despegc;
mira que yo estoy loco
desde el instante
en que vi de tus ojos
la luz brillante;
y en sueños (por supuesto)
probé las mieles
de esos labios tan rojos
como claveles;
mira que tus rigores
me tienen loco,
¡y que por ti me muero
poquito á poco!
Pídeme lo que quieras;
manda, pichona,
¡y ya verás lo que hago
por tu persona!
¿Qué quieres? ¿Una estrella?
¿La más brillante?
¡Pues á buscarla al cielo
voy al instante!
O á buscar cuantas haya
voy en persona,
para hacerte con ellas
una corona.

A la orilla del río,
junto á un otero,
fijos los lindos ojos
en el sendero;
por donde viene el nombre]
que amor la inspira,
y que la vuelve loca
cuando la mira,
se encuentra la pastora
de más primores
que existe por aquellos
alrededores.
¡Qué mirada la suya!
¡Qué ojos tan vivos!

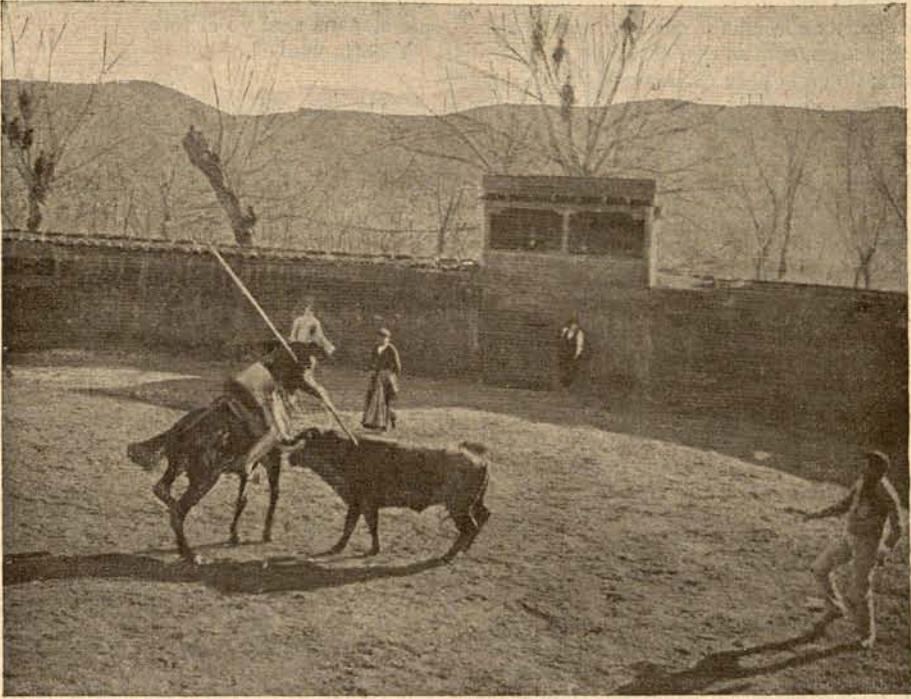
¡Qué rasgados! ¡Qué grandes
y qué expresivos!
Pero es tan desdenosa
la pastorcilla
(lo cual en las mujeres
no es maravilla),
que aunque idolatra al hombre,
que está adorando,
con sus fieros desdenes
le está matando.

—Pastora de mi vida,
gentil pastora,

En esto asomó un toro
por el otero,
y hacía ellos se dirige
sañudo y fiero.
Comprendiendo el peligro
que se avecina,
el rendido mancebo
trepa á una encina;
¡y la gentil pastora
tuvo que echarse
al río de cabeza
para salvarse!
MANUEL SORIANO.



Becerro derribando al tentador.—Frascuero al quite.

Chano tentando al becerro *Pichirichi*.

¡Adiós ilusiones dulcísimas de ver toros ó cosa parecida, después del largo paréntesis que las lluvias han establecido entre los aficionados y su fiesta! El cielo se conjura contra nosotros; no hay sino resignarse y esperar así esos días mejores, que casi siempre llegan cuando no hacen falta; ¡ay bendito San Marcos, patrón de los pitones, cuán poco favoreces á diestros y siniestros, á empresarios y contratistas y al común de las gentes sobre todo!

El cielo se ha hecho agua para aguanos el gusto y purificar el dicho de Quevedo de que

Los deseos y el vino
son aguados donde quiera.

El sol se ha hecho español y está de guasa.

Esto no es verso, pero es verdad.

Un día rasga el denso capuz de las nubes, y arroja torrentes de luz, vistiendo de gala á la Naturaleza, como si fuera ocasión de besamanos.

Los lidiadores desarrugan el ceño y se preparan á sacudir su inercia y á vestirse la taleguilla ó á desempotrar de su bolsillo la papeleta de empeño del traje lila y oro ó marrón y plata; ¡ah! y lo que es más triste, el colorado y negro también, y hasta el de color de pasa con zurcidos y pasamanería de similar. De entre los caireles y los bordados y de las borlas de la montera y de las contratapas del capote, brotan las especias conservadoras; y no nos referimos precisamente á Castellano, sino á la pimienta, recurso de los pobres contra la polilla, y eterna habitadora de las cómodas humildes.

Durante ese día, decimos, los caballos con maturateduras y alifafes sienten el primer temblor del presentimiento, é imaginan, á manera del Blasillo de *La pata de cabra*, que les introducen agujas por los ijares y por el bajo vientre. Hombres mal encarados rondan las cocheras de los simones tomando la filiación de los caballos viejos, para pensionarles en la Plaza, clases pasivas que obtienen después de tantos años de tribulaciones, años que pasan ora tirando del ligero *serret*, ya enganchados al lujoso *maild*, bien al *landeau* de un duque arruinado, y seguramente conduciendo, en el ocaso de su edad, el pesado simón puesto al servicio de damas y galanes, ya arrastrando al acompañante de entierro que va burlándose del difunto, ya haciendo viajes á la estación ó llevando enfermos al Hospital y enamorados á las afueras.

El naranjero hace también acopio de la sabrosa fruta; el mono sabio piensa con delicia en su chaqueta roja llena de sangre y mugre; el alguacilillo, nuevo D. Alvaro de sombrero con plumas, piensa en su jaca torda y en la ocasión en que ha de lucir sus mórbidas piernas, ceñidas por el negro calzón, y el presidente en la primera silba y en el coche de los galones.

De pronto se oscurece de nuevo la luz solar; ancha nube se dilata y cubre el horizonte de Madrid; surge la histórica familia de los paraguas como abultados vientres que miran al cielo; éstos con la elegante curvatura del hongo, aquéllos como cúpulas de monasterio, y los de más allá como basbales gigantescos dispuestos á cobijar un pueblo más grande que el de Alcobendas; álzanse las señoras las sayas, quizá por no mojarse la orla del vestido ó para dejar al descubierto las enaguas limpias y con más encajes que sabanillas de altar; aparecen los de los impermeables con las capuchas caladas, tristes imágenes de serenos sin chuzos, y al fin, abriéndose las cataratas del cielo, desplómase el turbión, crúzase las líneas de agua en

todas direcciones como los sombreados de las caricaturas de Ortego, y en la villa y corte, tan dada á los pequeños escándalos, sólo se oye el rápido gorgotear del agua entrando en la boca de la alcantarilla, ó una voz quejumbrosa que grita desde el umbral de una puerta y pregona un extraordinario con el discurso de algún hombre público; como si los discursos de los hombres públicos fueran cosas extraordinarias ya.

El cartel de los toros se convierte en una especie de hule brillante; y sobre la advertencia que dice *si el tiempo lo permite*, azota la lluvia con furia, como diciendo: *El tiempo no lo permite, no, ni lo permitirá hasta que haya toreros á su gusto, ó los que se anuncien prometan tener amor propio y consumir la suerte de recibir, y la de aguantar, y la de quebrar á cuerpo limpio, y la de gallear, y la de pasar á toros con quietud y aplomo; hasta entonces las nubes persistirán en su castigo, y el sol sólo se verá bordeando fantásticamente alguna nube, descolorido y sin fuerza, redondo como las cabezas de quienes decía el gran poeta que bañaban sus cabezas de queso de bola en las aguas negras del Támesis.*

Esto es lo que dice la nube, ó por lo menos algo de lo que parece decir; pues yo no creo que un vapor sea capaz de dirigir apóstrofes tan largos; por más que hubo ya vapores que hablaban con más latitud que Castelar, tales como el del padre de Hamlet en Dinamarca y el del Comendador en Sevilla.

Pero volviendo á lo dicho por el temporal, contémos nosotros que todos esos dichos son cosas de las nubes, ilusiones fantásticas que no pueden realizarse ¡ay!

Volverán las oscuras golondrinas
de tu balcón los nidos á colgar;
pero el arte de Ronda y de Sevilla,
ese no volverá,
ese no volverá.

Esta música tiene cola; repitámosla siempre, pero no dudemos del porvenir; tal vez cuando abra sus puertas el coso, veamos alardes de valor y gallardías de arte, que eclipsen á todas aquellas glorias de quienes tanto se habla y se escribe.

¡Ah! Si así lo hicieran los diestros, que Dios se lo premie, y si no, que no se les contrate.

EL MOZO DE LA FUENTECILLA.

DICHOS Y HECHOS

Un picador muy borracho y muy holgazán, que picaba en pocas corridas, despertó cierta tarde la indignación del público, por no querer acercarse á la res.

Uno de los que más le denostaban era un aficionado, que según malas ó buenas lenguas, tenía relaciones íntimas con la mujer del picador.

Este se fijó en el que alborotaba tanto.

—Ande usted, tumbón, botijo, cobarde,—gritaba el aficionado como un energúmeno.

El bicho se dirigió entonces, por casualidad, hacia allí, y el piquero ni aun tiempo tuvo de poner en ristre la vara.

Embistió el animal con fuerza, desmontó al hombre, dándole un porrazo mayúsculo, y se llevó al caballo campaneándole atrozmente.

El picador fué conducido á la enfermería, con una gran conmoción, en que no intervenía poco el vino.

—Oye—le dijo á un mono sabio al volver en sí, y

acordándose del aficionado maldito,—dñe á ese del 3 que mañana seré yo el toro.

Y decía verdad.

—

—Una vez—decía un gitano,—iba yo pa la feria de Ubeda, cuando ar regorver un recóo der camino me encuentro con un cuatreño, con más cuerna que un carabao. ¿Ustén creerán que másusté? Me quito er catite, cito ar toro, pase va, pase viene, hasta que sacostó rendió.

—Menuda carrera emprendería usted enseguida,—dijo uno que le escuchaba.

—No, señó—replicó el gitano con sorna;—como no tenía prisa, me entretuve en contarle los dientes.

—

El alcalde de un lugar vino á la Corte con el fin de contratar varios toreros para la función.

—¿Cuánto dan ustedes?—le preguntó cierto matador de novillos.

—Diez duros, y veinte si se deja usted coger, porque eso gusta mucho en mi pueblo.

—¿Y si me mata el toro?

—Entonces—respondió el alcalde rascándose la cabeza como el que se ve en un aprieto,—entonces le daré á usted cuarenta y la contrata para el año próximo.

—

Pensábase celebrar en Málaga una corrida organizada por cierto empresario que pasaba por hombre poco formal en cuestión de pagos, y el cual, para dar más aliciente á la fiesta, hizo consignar en el cartel que de los tres matadores contratados, que eran el *Gordito*, *Chicorro* y *Hermosilla*, banderillearía en silla el primero, y daría el segundo el salto de la garrocha.

—¿Y de usted, qué especialidad anunciamos?—preguntó el empresario á *Hermosilla*.

—Pues ponga usted que yo cobraré antes de vestirme—le respondió el diestro con sorna.

Nota Semanal

Los diestros Pombita y Algabeño están en tratos con la Empresa de Málaga para torear en aquella plaza la corrida que se dispone para la festividad del Corpus.

—Antonio Guerrero (Guerrero) tiene ajustadas tres corridas en Zaragoza, dos en Ayamonte y varias en Madrid, sin número determinado.

—Nada menos que treinta y tres corridas ha toreado el diestro sevillano *Guerrero* en la temporada última.

Recomendamos á la empresa madrileña este dato, siña diendo estos otros, que son los que más tranquilizan á las empresas.

No ha sufrido ningún percance.

—Las novilladas que desde hace tiempo se vienen anunciando se han suspendido indefinidamente hasta que sienta el tiempo.

—El rico labrador sevillano D. Ignacio Villalón obsequió hace pocos días á varios amigos con una jira campestre, y como fin de fiesta se dispuso una encerrona con tres novillas de las ganaderías de D. Basilio y D. Joaquín Peñalver.

El personal de cuadrilla lo compusieron D. Jerónimo y D. Fernando Villalón, D. Juan Pérez de Vera, D. Ramón Gutiérrez y D. Pedro Sánchez, actuando de jefes el ban-

derillero de Fuentes *Valencia*. D. Manuel Angulo y el banderillero Antoni Montes de Oca (*Caniqui*).

La primera novilla fué muerta por *Valencia*, después de una buena faena de muleta, de una superior estocada, que hizo innecesaria la puntilla.

D. Manuel Angulo y *Caniqui* dieron fin de sus novillas como Dios les dió á entender (y el arte).

En resumen: una fiesta agradable, de la que guardarán los asistentes gratos recuerdos.

—A la empresa de Sevilla le ha salido, como á la de Madrid, un Aranjuez que la haga á veces la competencia; sólo que el Aranjuez de allí es el pueblo de Alcalá de Guadaíra.

Durante los días de feria se celebrarán en dicho pueblo tres corridas de toros, en que estoqueará *Guerrita*.

No vale nada la romería á Torrijos en comparación de lo que será esta romería.

Nada.

El Coso sevillano vertiéndose del todo en el alcalaño.

—La empresa de la Plaza de Toros de Jerez tiene dispuestas tres corridas, que se celebrarán en esta forma: la primera durante la feria, en que lidiarán ganado de Villamarta los diestros Luis Mazzantiui y Emilio Torres (*Bombita*); la segunda, con toros de Miura y los espadas *Bomba*, *Minuto* y *Jerezano*, y la última con los mismos diestros, no estando aún determinadas las reses que han de lidiarse.

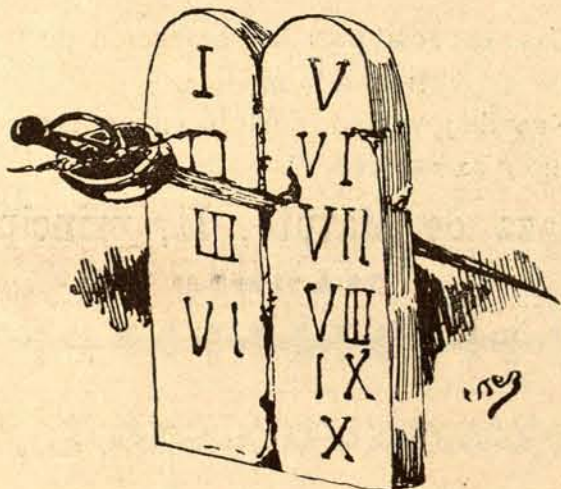
—Joaquín Navarro (*Quinito*) ha sido ajustado para torear dos corridas en la Plaza de San Luis de Potosí (Méjico), en las cuales lidiará ganado del país.

—Verificada en Bilbao la sub sta del arrendamiento de la Plaza de Toros de Vista Alegre para las corridas del próximo mes de Mayo, ha sido adjudicada á los Sres. Martín López y Unibaso, los cuales se disponen á organizar dos corridas extraordinarias con ganado de Colmenar, para las cuales han contratado á los valientes espadas *Fabrilo*, *Bombita* y *Algabeño*.

—Ha sido obsequiado con un *lunch* en el Puerto de Santa María, donde reside, el matador de toros Luis Mazzantini.

DISTRACCIONES

FRASE HECHA



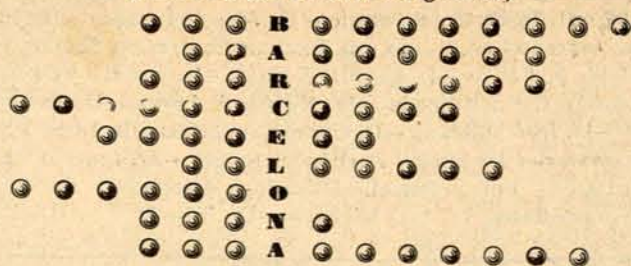
CHARADA

(Remitida por D. M. Clavo)

Es de un gran republicano
mi *primera* el apellido
(¡ojalál fueran como éste
los nombres de otros partidos).
Mi *segunda* es una letra
que se ve en el alfabeto;
y mi *tercera* en la escala
también ocupa su puesto;
y la *cuarta* es sobre quien
ejecutan sus faenas
los *todo* de esta charada
por ganarse unas pesetas.
Y pronto con estos datos,
me juego yo dos pesetas
y... creo que no las pierdo,
que la solución encuentras.

ANAGRAMA

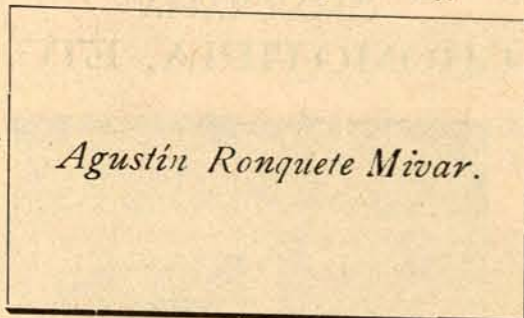
(Remitido por D. Juan Puigventós)



Sustituir los puntos por letras que den el resultado de una cuadrilla de niños compuesta de matadores, banderilleros y picadores.

TARJETA ANAGRAMA

(Remitida por D. Joaquín Foruny)



Combinar las precedentes letras de manera que resulte el nombre de un matador de toros contemporáneo.

(Las soluciones en el próximo número).

SOLUCIONES DEL NÚMERO ANTERIOR

Al concierto de puntos:

C I G A R R Ó N
P E G O T E
M U R C I A N O
G R A J O
M E L I L L A
C A N T A R E S
C H A T O
T R E S C A L É S

A la tarjeta anagrama: CÁNDIDO MARTÍNEZ (MANCHEGUITO).

Al acróstico:

G U E R R I T A
E C I J A N O
G A V I R A
F U E N T E D E L S O L
P A R R A O
T O R E R I T O
P E P E T E

A la charada: COSTILLARES.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

- M. S. M.*—Bien medidos los versos é intencionados; pero debe hacer todo el romance valiéndose del asonante con que empieza. Sólo así podrá darse á la estampa.
- F. O. y F.*—Se publicarán sus pasatiempos.
- R. Bescansa.*—Idem id.
- Un aficionado al arte*—Idem id.
- F. C. Caballero.*—Hombre... que mande algo, y ya veremos.
- J. P. López.*—Madrid.—Se publicará cuando le llegue la vez, que espero sea pronto. Muy bonita.
- P. S. Ocaña.*—Madrid.—Procure mandar las composiciones en cuartillas sueltas, porque si no es un lio, créame usted. Se publicará.
- E. Casanovas.*—Barcelona.—Mil gracias por lo que promete; se espera y se confía en su mérito.
- Eme.*—Gracias, se tendrá en cuenta su deseo.
- A. Martínez.*—Cartagena.—Cuando haya lugar y ocasión.
- Tío Cuco y Maceo.*—Valladolid.—Se han puesto ustedes el antifaz tan mal, que se les conoce... Me recomiendan por aquí que tomen ustedes tila á todo pasto, porque eso tranquiliza.
- Se replica á los que quedan sin respuesta en el número de hoy, la esperen en el próximo; ¡ah!, y que todos los que mandan acrósticos sepan que si son publicables, se publicarán, y si no... ¡qué le vamos á hacer!

COLABORADORES

Literarios: D. José Sánchez de Neira.—D. Luis Carmena y Millán.—D. Eduardo de Palacio.—D. Angel Rodríguez Chaves.—D. José Estrañí.—D. Roberto del Palacio.—D. José de Laserna.—D. Juan Pérez Zúñiga.—D. Federico Mínguez.—D. Mariano del Todo y Herrero.—Don Manuel Serrano García-Vao.—D. Enrique Contreras y Camargo.—D. Félix Méndez.—D. Manuel Soriano.—D. Luis Gabaldón.—D. José Vázquez.—D. Alfredo F. Feijóo.—D. Antonio Lozano.—D. José Gil y Campos.—D. José Dolz de la Rosa.—D. Manuel Reinante Hidalgo.—D. Francisco López Breme.—D. Carlos Olmedo.—D. Nicolás de Leyva.—D. Manuel del Río y García.—D. Dionisio Lasheras.—D. Emilio Bóli.—D. Luis Sánchez Aléiz.—D. José Balbiani.—D. Carlos Crouxelles.—D. Jorge Vinaixa.—D. Joaquín E. Romero.—D. Fiacro Irayzoz.

Artísticos: D. Miguel Hernández Nájera.—D. Ignacio Ugarte.—D. Luis Bertodano.—D. Julián Tordesillas.—D. Rafael Latorre.—D. José Abarzuza.—D. Emilio Porset.—D. Eulogio Varela.—D. Carlos Arregui.—D. José Solís.—D. Fernando Adelantado.

Fotográficos: D. José Irigoyen.—D. Julio Prieto.—D. Mariano Rodero.

FOTOGRAFADO

CINCOGRAFÍA
CROMOTIPIA, ETC.

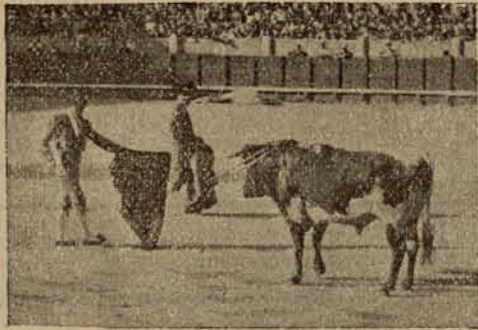


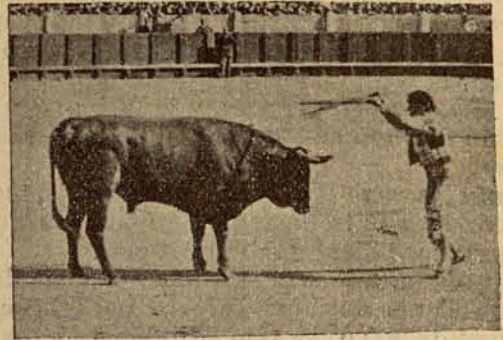
Ilustración de obras, catálogos, periódicos, etc.

A. CIARAN

QUINTANA, NÚM. 34, HOTEL

FOTOGRAFÍAS

CHINCHILLA, 7, BAJO



En esta Administración se venden los originales fotográficos de los grabados que se han insertado en esta Revista desde su fundación.

Se admiten corresponsales fotográficos en provincias

Casa de baño

Coche á las estaciones

HOTEL PILAR

(ANTES HOTEL NAVARRA)

A CARGO DE MANUEL ALMIRÓN

ALCALÁ, 17, TRIPLICADO

(con vistas á la Puerta del Sol).—Madrid

Economía y confort en todos los servicios, mobiliario lujoso, asistencia esmeradísima. Casa recomendable por la exquisita amabilidad del personal.

Intérprete

Coches de lujo

JOSÉ BERRARTE

SASTRE

Casa especial para la confección de toda clase de prendas á la medida.

Grande y variado surtido en géneros del reino y extranjero.

Plaza de Matute, 11, principal

MADRID

Camisería de

G. ALONSO

Especialidad en camisas á la medida

SE ARREGLAN CAMISAS Á

Poner cuello, vistas hilo..... 1 peseta.
Poner puños, ídem íd..... 1

REMITEN PEDIDOS



Santo Domingo

G. ALONSO

Se hacen con v. scas hilo desde 5 pesetas

LOS PRECIOS SIGUIENTES

Poner cuello, pecho y puños,
vistas hilo..... 3,25 pts.

Á PROVINCIAS

18, PLAZA DE SANTO DOMINGO, 18

(junto á la ferretería)